

Leer y escribir

Leer es una de las habilidades humanas para la cual no existe predisposición genética. No nacemos con alguna herramienta cognitiva que nos facilite aprender alfabetos o reconocer letras, nada que nos permita ver un texto como algo llamativo para que atraiga nuestra atención, nada que nos haga amar a los maestros o las horas de estudio haciendo planas de letras, y de hecho adquirir esta habilidad es una de las razones que todo niño tiene para odiar la escuela. No existe en nosotros nada biológico que nos facilite aprender a leer, pero sí existe en el alfabeto y en los lenguajes una selección de los fonemas y grafemas que pueden ser aprendidos con relativa facilidad. Esto es, el alfabeto es una herencia milenaria que tiene consigo el conocimiento de las formas y sonidos que la mente humana puede discernir. Es un conocimiento selectivo, práctico, probado con miles de años de uso.

Las habilidades que no requieren de esfuerzo para aprenderlas son las que vienen programadas en nuestro código genético, como caminar, el lenguaje, la visión. Nadie estudia esto o es obligado a aprenderlas, lo hacemos desde hace miles de años sin necesidad de instituciones sociales como la escuela o el monasterio, lo hacemos desde antes de tener alguna técnica de escritura. En realidad no tenemos programado un lenguaje o la física del movimiento y equilibrio que necesitamos para caminar, pero sí la disposición y las herramientas para aprenderlo. No sucede así con la lectura, y sin embargo saber leer y escribir es ahora tan común que obviamos las diferencias que tiene con otras habilidades innatas como el lenguaje.

En el hombre sí evolucionó la capacidad para el lenguaje, para escucharlo y hablarlo. Desde temprana edad se forman en el cerebro regiones especializadas para el lenguaje y por eso todo niño tiene las herramientas cognitivas para aprenderlo: le interesa imitar lo que los adultos pronuncian, procesa el sonido como si le hablaran, reconoce los fonemas, los une en palabras y las relaciona con lo que sus ojos ven, encontrando rápidamente su significado, en fin, tiene las herramientas para aprenderlo rápidamente. El lenguaje es por esto una predisposición genética, una que no requiere un sacrificio "anormal" para aprenderse, y por lo poco que sé de neurología y evolución, es de las pocas predisposiciones innatas que no compartimos con el resto de los simios (aunque ellos pueden comunicarse con símbolos, carecen de la habilidad para hablar).

Leer es la capacidad de usar el lenguaje, la habilidad genética que nos hace humanos, para interpretar el pensamiento de otros tomándonos el tiempo que queramos. Cuando leemos prestamos atención a lo que otros escribieron con paciencia, cuidando cada detalle de sus palabras; y leemos lo que fue editado, lo que pasó por un filtro crítico y fue generado por mentes reconocidas. Y lo hacemos con el tiempo que consideremos necesario para comprenderlo. Por eso leer es la actividad de entendimiento más sofisticada que podemos aspirar a realizar.

Por tener la libertad de seleccionar el tiempo que necesitamos la lectura resulta una actividad de paciencia, que se realiza cuando tenemos la tranquilidad y despreocupación para tomarnos nuestro tiempo. Si un teléfono o alguno de los dispositivos que inventamos para comunicarnos nos llama, la lectura deja de tener su tiempo y por lo tanto deja de serlo, al no tener la libertad para regresar y releer cuantas veces se requiera, al sentir la presión de atender al llamado de la urgencia, el lector desiste y se deja llevar por las circunstancias locales inmediatas, se retira de su mente para regresar a la realidad.

Ser paciente es un arte, es mucho más fácil dejarse llevar por las emociones de urgencia, que demandan acción inmediata y que usualmente son más intensas. Disfrutar la lectura requiere por esto de soledad, pero una física, no psicológica. Cuando nos sentimos solos es porque extrañamos, esto es, porque nos falta alguien. Pero podemos estar solos, sin compañía, sin sentirnos solos, sin extrañar, estar tranquilos. Esto es lo que el lector necesita.

Antes de la era de la información digital la lectura era la única posibilidad de obtener una vida culta, la única forma de no ser provinciano¹. Hoy la televisión, el cine, internet y demás medios permiten a un no lector llevar una vida expuesta a una gran diversidad de fuentes de información y de opinión, le permiten conocer mundo y opiniones diferentes a las de su entorno. También viajar ha sido una de las formas como se puede conocer mundo, pero esto era un lujo de muy pocos en el pasado y hasta el siglo XX sólo una pequeña parte de la población podía costear viajes.

Aún así la apreciación de lo audiovisual no ocupa el lugar de la lectura, pues aunque permite un aprendizaje importante, leer tiene particularidades que la hacen una actividad diferente: nos expone a conceptos, a definiciones explícitas, a la descripción de emociones, a la perspectiva privada de otros. Nada de esto se consigue con cine, fotografía o televisión.

Esos medios no explotan el potencial de abstracción del texto escrito, su capacidad reflexiva, la complejidad y precisión de sus conceptos, la minuciosidad que el tiempo le permite. Lo audiovisual explota las emociones y habilidades más naturales del hombre, las que nos resultan más familiares: imágenes, lenguaje hablado, gestos. Apela al subconsciente, a lo implícito; lo escrito en cambio pretende llamar a la conciencia, al significado explícito, y usa la definición. No significa esto que no exista un contenido implícito en la letras, pero se presenta a partir de lo explícito.

Es por esa persistencia en la precisión que Sócrates pensó que leer era un engaño, porque solo por la presentación del mensaje nos provocaba creer en su veracidad, "their seeming impermeability gives the illusion of truth" (Wolf, p. 186). Este fue el problema del siglo XX, la ilusión de verdad de los textos nos hizo creernos el comunismo, el nazismo, y otros absolutos.

Aún así lo explícito es importante porque nos permite hacer más complejo nuestro sistema simbólico, y esto a su vez nos facilita la representación de nuestro mundo

1 Provincianismo: Estrechez de espíritu y apego excesivo a la mentalidad o costumbres particulares de una provincia o sociedad cualquiera, con exclusión de las demás. (RAE)

y de las personas con que tratamos. Nos permite comprender a las mejores mentes de nuestro tiempo cuando leemos sus textos, nos da la posibilidad de exponernos ante las mejores y más nuevas ideas. Cómo nos beneficia esto es cuestión de otro texto.

Escribir es un diálogo interno, con nosotros mismos. Funciona por esta razón para conocernos, para esclarecer nuestras ideas, darles orden y prioridades, para identificar nuestras incongruencias y cambiarlas. Aunque es también una actividad solitaria, requiere de una actitud diferente que la lectura. Debemos sentirnos motivados, animados, con emociones similares a las que sentimos cuando conversamos. Debemos tener algo que decir, algo que nos motiva o preocupa. Escribir es el ejercicio de hacer explícito nuestros pensamientos, es identificar algo que de alguna forma sabemos y reconocerlo conscientemente.

El simple hecho de aprender a leer es también aprender lo explícito. Al hacerlo reconocemos algo que sabíamos: las palabras. Sabíamos pronunciarlas pero no que estaban compuestas de fonemas, de vocales y consonantes, de sílabas y de acentos. Al aprender a escribir tomamos conciencia de cómo se ve el lenguaje, reconocemos la correspondencia entre letra y sonido, entre palabra y significado, y tomamos conciencia de la trascendencia de lo escrito. Al aprender a escribir aprendemos también el mundo de la conciencia como lo conocemos.

En su interesante libro "Orality and literacy", Walter J. Ong explica las diferencias entre las culturas literarias y las orales (pre-literarias). Le toma todo un libro empezar a identificar los cambios que la lectura provocó en nosotros. Su conclusión es que en las culturas orales la forma de pensar de las personas es diferente por el hecho de no conocer las palabras escritas. Estas personas no estudian, no memorizan (al menos como lo hacemos los que estudiamos y aprendemos de memoria leyendo un texto), no tienen sentido de la lógica, tienen un sentido diferente para lo explícito, todo lo que expresan tiene que ser con un contexto, algo concreto, no tienen la capacidad de abstracción y análisis que tenemos los literarios. Ong menciona también que con un grado de habilidad de lectura mínimo, sin siquiera ser un lector experto, se salvan todas las diferencias mencionadas arriba.

El texto escrito es una tecnología, y nuestra capacidad de leer es una adaptación ontogénica a ésta. Se trata de la tecnología que mayor influencia ha tenido en la humanidad, pues cambia la estructura neuronal del humano adulto, la forma como pensamos. No cambia solamente el contenido o el tema de nuestro pensamiento, sino los propios procesos mentales.

Existen pues dos formas en que la lectura nos cambia. La primera es la que menciona Ong, y es una que damos por hecho. Todo lector novato tiene las habilidades lógicas y la conciencia de lo explícito que no tenían las culturas orales. La segunda es la que el lector experto consigue al modificar sus ideas mediante la lectura constante, mediante el hábito, y consiste del conocimiento del mundo de otras personas.

Una de las diferencias que menciona Ong entre las culturas literarias y las orales es que antes del texto escrito no existía el criterio del cierre, de la conclusión. La noción de clímax y el desarrollo que ahora reconocemos en los textos, identificados por Freytag² inicialmente en el drama, no existía antes.

Algo que ahora damos por hecho es producto del texto escrito, de la imprenta para ser más precisos. Saber sobre la trascendencia del libro, su tiraje, la perfección de sus réplicas, nos hace pensar en él como un documento final, nuestra obra maestra. ¿Cómo no terminar eso con nuestras mejores palabras, con nuestro mayor legado a la humanidad?

Las dos primeras acepciones de concluir en el RAE son “acabar o finalizar algo” y “determinar y resolver sobre lo que se ha tratado”. Al usar la misma palabra para terminar y para resolver sobre un tema delatamos nuestra confusión entre terminar un texto y hacer un dénouement.

Quizás ahora es posible no concluir el texto, hoy la era digital nos permite verlo con menos respeto: la facilidad con que creamos y publicamos un blog, un archivo, nos debería provocar una nueva actitud hacia lo escrito. Quizás puedo no finalizar este documento, reconocer la confusión que explica Ong en el concepto del cierre y rebelarme, decidir que deberíamos intentar no cerrar, y solo dejar de escribir, concluir solo con el primer sentido de la palabra.

2 Exposition, rising action, climax, falling action, dénouement. Ver http://en.wikipedia.org/wiki/Dramatic_structure